

La reacción contra Proust se había inaugurado con la publicación de los dos últimos volúmenes de su obra, *Albertina desaparecida* en 1925 y *El tiempo recobrado* en 1927. Estos libros fueron mal recibidos, como borradores que probaban la decadencia del escritor. En su discurso de recepción en la Academia Francesa, en 1947, Paul Claudel expresará un sentimiento todavía vigente acerca de cómo Proust describió la sociedad de su tiempo: «En cualquier caso, hubo más cosas en aquellos honorables años (...) que las patochadas de la señora Verdurin y los amores del señor de Charlus»¹⁵. Pero si Proust siguió siendo la prenda de una secta (los que «estaban en ello», como dicen los amigos de la Verdurin) hasta fines de los cuarenta, es porque las corrientes dominantes en la literatura, en la *NRF* y otros foros, en particular en la casa Grasset con sus cuatro M—Mauriac, Montherlant, Morand y Maurois— le fueron hostiles durante mucho tiempo, empezando por los surrealistas. Aragon, lejos de asociarse al homenaje de la *NRF* en 1923, publicó por la misma época un artículo en *Littérature*, cuyo título es elocuente: «Me encarnizo con un muerto». Breton, «el encantador dadaísta que ha corregido las pruebas de *Guermantes I*»¹⁶, según lo llamaba Proust, lo citaba junto a Barrès en el *Manifiesto surrealista*, condenando la novela de análisis. Pocas obras parecen más distantes de Proust que las notables hacia 1930, no sólo Céline, sino también Malraux, del cual decía Proust al ver su firma en la *NRF* de 1922: «No sé quiénes son todos esos nuevos colaboradores de la *NRF* (...) pero encuentro que sus notas son nulas en cuanto a pensamiento, aparte de estar escritas en una jerga vulgar y a la vez incomprendible»¹⁷.

Según Sollers, Mauriac fue la excepción: «El único que tenía una total admiración por Proust era Mauriac. Cuando yo lo entrevistaba, no paraba de hablar de Proust. Nos veíamos en secreto para hablar de Proust y para mí era importante conocer a alguien que había cenado con Proust, tarde en la noche, con Proust en su cama, las manchas de tinta en las sábanas, el pollo frío y el champaña, todo eso. Mauriac consideraba que su propia obra había sido anulada por la de Proust»¹⁸. Sollers, con todo, se refiere a una época posterior, los años cincuenta, cuando el prestigio de Proust volvía a estar en alza.

Los años treinta vieron la publicación de la correspondencia de Proust y de numerosos libros de recuerdos que, como *Au bal avec Marcel Proust* (1928) de la princesa Bibesco, eran disputados por los Guermantes y los Verdurin. La divulgación de las cartas de Proust a Montesquiou en 1930 y las dirigidas a Anna de Noailles, en 1931 —los dos primeros

¹⁵ Claudel: Oeuvres en prose, Gallimard, Pléiade, París, 1965, p. 650.

¹⁶ Proust-Gallimard: Correspondance, p. 267.

¹⁷ Ibid., p. 578.

¹⁸ «Sur Proust», pp. 29-30.

tomos de la correspondencia general— dañó su memoria, como anota Pierre-Quint en 1936¹⁹, acentuando su imagen de salonero, pelotilla e hipócrita. Se llegó a reprocharle que diera sus «legendarias propinas», que sólo podían explicarse «por el lado patológico de su naturaleza, por su costumbre de comprar a gente inferior»²⁰. En Francia, irónicamente con respecto a un escritor que se había metido con Sainte-Beuve y su pretensión de amalgamar vida y obra, ésta aparece, en el caso de Proust, totalmente ocultada por su biografía y, singularmente, por su «secreto», considerado como una clave por Henri Massis en *Le drame de Marcel Proust* (1937).

Todo ello explica la mediocridad de la crítica francesa sobre Proust, de la cual nada queda, salvo quizá la publicación póstuma de los estudios de Jacques Rivière, *Quelques progrès dans l'étude du coeur humain* (1927). Tanto más chocante resulta que en el extranjero se multiplican los trabajos de calidad, como la monografía de Ernst Robert Curtius (1925), traducida al francés en 1928, año en que Leo Spitzer hace aparecer en sus *Estudios de estilo* un trabajo de 130 páginas que sigue manteniendo su valor. El *Proust* de Samuel Beckett, publicado en 1931 en Londres, es una de las escasas obras que se interesan por la novela como tal, sin dejarse enceguecer por la reputación del autor. Nada hay de equivalente en Francia, donde el encierro de la secta de los proustólatras favorece las elucubraciones sobre las claves de la novela. Se discurre infinitamente sobre la psicología y la mística de Proust, que no ha llegado aún a la universidad. El sabio libro de Albert Feuillerat *Comment Marcel Proust a composé son roman*, basado en las pruebas de imprenta del segundo volumen editado por Grasset en 1914, se publicó en 1934 en los Estados Unidos, donde grandes filólogos se ponen a trabajar sobre el tema, como Douglas Alden (autor de *Proust and his french Critics*, 1940) y Philip Kolb (editor de la correspondencia desde los años treinta). En Francia, todavía, sólo se permite hablar de Proust a las mujeres, pero no en tesis de Estado sino en frívolos doctorados universitarios que no llevan a ninguna parte. Son ellas quienes trillaron asuntos de estética menor, como Proust y Ruskin, Proust y la música, Proust y la pintura. Si algún varón se atreve a hablar de Proust en la universidad, aún después de la guerra, es en carácter de filósofo —el eterno paralelo entre Proust y Bergson— o como metafísico (Henri Bonnet: *Le progrès spirituel dans l'oeuvre de Marcel Proust*, 1946 y 1949) o como moralista (Jacques Nathan: *La morale de Proust*, 1953).

El segundo momento que quisiera evocar es el de la recuperación de Proust por aquellos que Sollers denomina «los grandes líderes». «Es

¹⁹ Pierre-Quint, cit., p. 280.

²⁰ Ibid., p. 274.

muy tardíamente, con Barthes, y de ello soy testigo porque lo hemos hablado, cuando se vuelve a preguntar si no vale la pena una reconsideración del universo proustiano, y ya estamos prácticamente a fines de los años setenta». Sollers reconstruye la historia *a posteriori* y un poco de prisa y corriendo, pues la revaluación de Proust ya estaba entablada en los años cincuenta, con la divulgación del gigantesco fondo de cuadernos inéditos conservados por su familia: la leyenda del escritor se instauró cuando Bernard de Fallois publicó *Jean Santeuil* en 1952 y, después, bajo el título de *Contre Sainte-Beuve* (1954) unos extractos de los cuadernos de 1908 y 1909 donde Proust mezclaba textos narrativos y críticos e intentando lo que luego sería *En busca...* El fracaso de *Jean Santeuil* y de *Contre Sainte-Beuve*, al yuxtaponer filosofía y novela, recuerdos y crítica, sin llegar a unificarlos, volvía evidente e incontestable, de pronto, el logro de *En busca...* como novela total. Lejos de ser un producto espontáneo de la facilidad extraordinaria de un escritor superior y voluble, lo era de un esfuerzo infinito y ocultaba un sufrimiento continuo: se pasaba del talento al genio. Claudel, de quien recordé lo mal que pensaba de Proust en 1947, fue conmovido por *Contre Sainte-Beuve*, cuyo envío agradeció a Elisabeth Mante-Proust con estas palabras: «Contribuirá a hacer caer muchos de mis prejuicios»²¹. Con la edición de *En busca...* en la colección Pléiade, a cargo de Pierre Clarac y André Ferré (1954), el efecto de aquellos inéditos fue magistral. Los esbozos de Proust se volvían dignos de una publicación integral. Y esto no sólo daba a la obra el estatuto de un monumento, poniendo al descubierto sus cimientos, sino que posibilitaba su recuperación por parte de aquéllos que iban a constituirse enseguida en la vanguardia intelectual.

Georges Bataille publicó tempranamente una reseña de *Jean Santeuil* en *Critique*²². Se conocía el compromiso de Proust a favor del capitán Dreyfus durante el famoso asunto homónimo (1894), pero no su ingenua agresividad y una pasión política insospechable en la ironía de la novela pero manifiesta en *Jean Santeuil*. Bataille descubre, a propósito del personaje de Couzon, modelado sobre Jean Jaurès, que Proust, en su juventud, había estado seducido por el socialismo. Helo allí, por fin, legitimado por la izquierda. De manera mucho más importante, sin duda, Bataille revaloriza todo el mal que figura en *En busca...* –los celos, la hipocresía, la mentira, el cinismo, la crueldad– hasta entonces apenas

²¹ Carta del 23 de diciembre de 1954, en *Oeuvres en prose*, n.º 4, p. 650.

²² *Critique*, julio de 1952, retomado en *La Littérature et le mal*, Gallimard, París, 1957. Ver también «*Marcel Proust et la mère profanée*» en *Critique*, n.º 7, diciembre de 1946, pp. 601-611. Reseña de André Fretet: *L'aliénation poétique*. Rimbaud, Mallarmé, Proust, Janin, 1946 y Denis Saurat: *Tendances*. *Idées françaises de Molière à Proust*, Vieux Colombier, París, 1946 (OC, XI, 151/161). Y «*Note: Marcel Proust*», *Critique*, n.º 31, noviembre de 1948, pp. 1133-1136 (OC, XI, 391/394).

considerados como algo moral o amoral, neurótico o enfermizo, bajo los nombres de exceso o erotismo, es decir como una transgresión superior de la moral tradicional, destinada a fundar una moral auténtica. Y he allí a Proust, en quien Sartre veía al escritor burgués por excelencia, hasta en sus pequeñas perversiones y las de sus personajes, sin duda que en nombre de la salud y la normalidad supuestas en el proletariado, he allí a Proust, patas arriba, convertido en el tipo mismo de la transgresión de la moral burguesa, asociado a Sade y Baudelaire, a Nietzsche y a Genet, y elevado a héroe de la modernidad postsurrealista y postmarxista. Maurice Blanchot, cuya reseña al *Proust* de Ramón Fernández en 1943²³ era todavía una variación sobre el misticismo de Proust, tema de moda tras la aparición de *El tiempo recobrado*, publica en 1954 dos artículos en la *NRF* inspirados por *Jean Santeuil*²⁴. Pasando de la mística a la metafísica, de la religión del arte a la filosofía del ser, estos artículos sitúan con fuerza a Proust en la genealogía moderna, como un mojón en la busca de la esencia de la literatura, una etapa hacia la neutralización del relato y la ontología del arte. La diferencia esencial que Proust postula entre el yo social y el yo profundo del escritor, confirmada por la ruptura entre *Jean Santeuil* y *En busca...*, el fracaso de una y el éxito de la otra, prefiguran el próximo tópico de la muerte del autor. Y he allí a Proust en el camino de la desaparición de la literatura, justamente entre Mallarmé y Blanchot.

Todos los nuevos rasgos del moderno Proust vanguardista, aparecen en estado naciente. Estos breves artículos, más algunos otros como «Notes sur la structure de la *Recherche*» de Jean Rousset y «Les moments de Proust» de Michel Butor (1955)²⁵ dan a Proust, por primera vez en Francia, después del surrealismo y anticipando ya la declinación de la filosofía de la existencia, sus cartas de nobleza en un campo que nunca lo había reclamado: la vanguardia intelectual. El Proust de derecha, sin embargo, no es suprimido. El eterno debate sobre las claves sigue en pie, pero existe, por su parte, un Proust de izquierda, cercano a Sade y Baudelaire, Mallarmé y Blanchot, Rousset, Bataille y Genet y, si se mira fuera de la colmena, con Joyce, Musil, Kafka. Es el Proust de las vanguardias y de las ciencias humanas, del *high Modernism*, como se dice en inglés.

Los trabajos de cierta envergadura sobre Proust vienen, no obstante, del extranjero, sea por parte de los viejos o de los jóvenes, ya que el

²³ Retomado con el título de «L'expérience de Proust» en *Faux pas*, Gallimard, París, 1943.

²⁴ Retomados igualmente bajo el título de «L'expérience de Proust» en *Le Livre à venir*, Gallimard, París, 1959.

²⁵ *Revue des sciences humaines*, julio-septiembre de 1955; *Monde nouveau*, diciembre de 1955.